

Capítulo 1

Todo comenzó por un programa de televisión. Y comenzó un día por la tarde, martes, o miércoles, en que Natalia, junto a su familia, pasaba el rato en el cuarto de la televisión. Que estuvieran juntos los cuatro (Yubire, Vlado, el pequeño Airon y ella) era una rara circunstancia ya que Yubire, la madre, no paraba mucho en casa. Pero aquella tarde atendía con interés cierto programa arrellanada en el viejo sofá malva, entre miles de cojines, y descansaba las piernas sobre una silla de escay marrón. Vlado, junto a ella, también miraba la televisión y los niños jugaban a los garajes en el suelo. Parecían una familia feliz, y seguramente lo eran. Yubire y Vlado descascarrillaban con rapidez pipas de girasol y bebían coca-cola en grandes vasos de plástico. Era verano y por la ventana completamente abierta se colaban los últimos restos de sol.

En la pantalla, un hombre charlatán de poblado bigote planchado llamaba la atención de Yubire. Hablaba sonriente dirigiéndose a la cámara y el bigote se movía al compás de los labios como un caballito de feria. Llevaba corbata ancha sobre camisa de gruesas rayas oblicuas y la americana que vestía proyectaba destellos de color azul.

–Oh, *scumpa mea* –protestó Vlado–, cambia la canal, este hombrre habrrra demasiado. Me enloquece...

Uy, perdón. Aún no he presentado a Vlado.

Vlado era el hombre que últimamente más rato pasaba con ellos, un personaje amable y desinteresado que, en realidad, hacía poco ruido. No era el padre de los niños. El padre verdadero había salido una noche a beber un trago con los amigos y aún no había regresado. No era la primera vez que lo hacía pero aunque podía estar fuera de casa semanas o meses, al final siempre volvía. Esta vez era diferente, faltaba desde antes que naciera Airon y Yubire ya no lo esperaba. Así que estaba sola. Hasta que apareció Vlado. Vlado quiere decir Vladimir, o Vladislavo, o Vladoberto, pero cualquiera de esos nombres era demasiado largo para pronunciarlo entero. Por eso para todos siempre fue Vlado. Por su parte, Vlado llamaba a la madre Iubire... o Yubire (Yubire esto, Yubire lo otro...), que no era su nombre ni nada que se le pareciera pero que algo quería decir en su idioma. Porque Vlado era extranjero. Venía de un país muy frío donde el invierno duraba diez meses y no terminaba de acostumbrarse a la temperatura de aquí. Por eso no trabajaba. En verano sobre todo, nuestro clima caluroso le ahogaba y además le producía somnolencia crónica y total.

–Calla, que no oigo –respondió Yubire. Había dejado de triturar pipas y sin perder de vista al presentador, tomó un pedazo de papel y un bolígrafo para apuntar la dirección que en esos momentos daba para todos los telespectadores. Luego se dirigió a Natalia:

–Nata, cariño, ¿has oído? Piden niños para *Un minuto de gloria*.

–Y a mi qué –respondió Natalia acoplando en la plataforma elevadora del garaje un pequeño Chevrolet rojo fuego al que le faltaban dos ruedas. Mientras, su hermanito Airon alineaba filas de coches; unos aquí, esperando ser revisados por la mecánico Natalia, otros allá, aparcados. Y alguno más acullá, a la cola del tren de lavado.

Aquel martes o miércoles por la tarde, el programa *Un minuto de gloria* solicitaba niños que quisieran acudir a él. No era lo habitual, normalmente solo asistían adultos y que pudieran ir niños constituía una rara excepción. De tontos sería desaprovecharla. *Un minuto de gloria* tenía mucha audiencia, lo anunciaban como el programa estrella de la televisión. El planteamiento era sencillo: los concursantes elegidos mostraban en pantalla aquellas cosas que mejor supieran hacer. A menudo las cámaras de televisión seguían al aspirante a famoso hasta su casa, a su lugar de trabajo, al club donde se reunía con los amigos, al parque donde paseaba a los niños, y entonces el concursante chorreaba intimidades por la boca como si fuera un grifo sin cerrar.

Nada original. Un programa más. En realidad un producto bastante explotado.

–Nata, tesoro –insistió Yubire–, es para un especial de Navidad. Esta vez piden niños...

–Pues que pidan.

–Podrías cantar esa canción en chino que te sale tan bien...

–¿Qué? Ni hablar.

–Y en Londres, hija, el especial se grabará nada menos en Londres...

–Como si se graba en Cuba.

–Viajaríamos a Londres... los cuatro... ¡Ay! Me muero por conocer Londres.

–No.

–Ganaríamos dinero... bastante...

–Que no.

–... Y luego, después del programa nos llevarían a todos a cenar, lo ha dicho el presentador, una succulenta cena de Nochebuena con todo tipo de manjares, deliciosa... calentita...

Natalia levantó la vista del garaje y soltó una exclamación: «¡Calentita! ¡Humm!» Natalia adoraba la comida caliente; más que adorar, era su debilidad: una sopa humeante, un filete bien tostadito, patatas fritas que te quemaran la boca... Yubire siempre estaba demasiado ocupada como para cocinar, o no tenía ganas de hacerlo, o cocinaba antes de marcharse a trabajar y Natalia solía tomar los alimentos fríos. Sabía que una niña no puede andar con fuego, y encender la cocina de gas estando sola en casa era algo superprohibido. ¿El microondas? Hacía tiempo que se había estropeado y Yubire siempre se olvidaba de comprar otro. En

cuanto a Vlado, que no vivía en casa de manera habitual, tampoco suponía gran ayuda; ya he dicho que era bastante desinteresado, y tan terriblemente flaco que solo muy rara vez comía. En realidad era tan flaco que casi «no era».

Yubire entre tanto ya había decidido presentar a Natalia al especial navideño de *Un minuto de gloria* aunque no ignoraba que sería difícil que la llamaran precisamente a ella porque ¿cuántos niños o cuántas madres de niños habrían tenido la misma idea? Y lo había decidido por dos razones: quería viajar a Londres, su sueño desde siempre, y quería el dinero que recibirían si Natalia resultaba elegida para la emisión. No era lo que se dice una «perfeccionista», pero que su viejo piso necesitaba una reforma era algo evidente. Asimismo ciertos muebles de la casa (como su cama, que solo tenía tres patas y la cuarta había sido reemplazada por un cajón de madera, o el armario de los niños, desde hacía mucho sin puertas) pedían a gritos una renovación. En el baño, la cisterna perdía agua y la ducha, salpicada de herrumbre y corroída, se resistía a la limpieza más elemental. Además, el lavabo goteaba y al hacerlo cantaba chop-chop.

Así que mandó por correo electrónico, resumidos y en nombre de su hija, los doce años de vida de Natalia, con una foto actual de la niña y no olvidó señalar que sabía cantar en auténtico chino mandarín una preciosa canción. Ya estaba. Se frotó las manos ilusionada y a partir de aquel día vivió esperando una contestación.

La contestación llegó unas semanas más tarde, tal vez un mes, cuando Natalia había perdido todas las esperan-

zas de que eso sucediera y cuando Yubire ya no se lanzaba a cualquier hora, frenética de impaciencia, a mirar el correo en el ordenador. Y llegó en forma de carta, en un sobre rectangular de proporciones más que regulares. Todo él estaba lleno de letras: letras grandes, pequeñas, letras enredadas, rojas, violetas, letras que formaban palabras y frases bastante ilegibles. Pero la dirección y el destinatario se leían claros y negros, con correctos caracteres impresos:

NATALIA TAL Y CUAL
CALLE DE LOS CURTIDORES NÚMERO 5 PISO 1.º
UNA CIUDAD CUALQUIERA – DISTRITO XXXXX

Y esa, sin duda, era ella.

Por poco se pegan por abrirla. Dentro venía la carta, un pliego de un delicado color amarillo verano, precioso. Ya casi nadie enviaba cartas. Olía a madera de árbol, padre del papel. En ella invitaban a Natalia y a su familia a acudir al especial navideño de *Un minuto de gloria* que se grabaría en Londres, durante las próximas navidades, en los estudios de la BALLOON'S INTERNATIONAL T. V.

Pero tenía que superar una selección. Y había muchos niños que, como Natalia, habían sido preseleccionados.

–Y bien, Nata, ¿qué te parece? Iremos a Londres los cuatro y ganaremos mucho dinero.

A la madre se le saltaban las lágrimas de júbilo.

–Mamá –dijo Natalia–, primero me tendrán que seleccionar, no te hagas ilusiones.

–Tonterías –dijo Yubire por toda respuesta. No pensaba permitir que nadie le aguará la fiesta.

Ni que decir tiene que Natalia superó las pruebas derrotando a montones de niños que se quedaron con un palmo de narices. Lo consiguió cantando esa graciosa canción en chino que había aprendido tiempo atrás, con la ayuda de su amiga Shao Li. Yubire peinó a Natalia para la selección con dos coletas tirantes, empapadas de colonia, e hizo una rayita negra delineando sus ojos. Aunque no era tan morena ni tenía la cara redonda, parecía una verdadera oriental. La ropa (china) que vistió para la ocasión, se la consiguió por poco dinero en el bazar chino que había a escasos metros de casa.

Durante los meses previos a la grabación del programa, Yubire recibió algunas cartas más. También una llamada telefónica. Luego, con la Navidad a las puertas, llegaron los billetes de avión. Cuatro. Y otra carta, la última.

La última carta que recibieron en el número 5 de la calle de los Curtidores antes de emprender viaje a Londres iba dirigida a Natalia personalmente. Pesaba. Llevaba en su interior una llavecita metálica de un brillo y belleza extraordinarios. La llavecita tenía forma de un manajo de cinco globos pintados con esmaltes, cada uno de un color, y de los que salían los dientes de la llave propiamente dichos. De nuevo un perfumado papel y unas palabras:

Querida Natalia:

He aquí la llave de tu felicidad, la que te identifica además como concursante elegida para el especial navideño

de Un minuto de gloria. No la pierdas. Si consigues abrir la puerta que esta llave cierra, un sinfín de sorpresas que ni imaginas te estarán esperando. Pero debes estar ahí, en el lugar adecuado y en el momento justo. Es decir, el 24 de diciembre de este año a las ocho en punto de la noche en nuestros estudios de televisión. No te retrases ni te adelantes, es muy importante. Después cantarás tu canción y luego celebrarás junto a tu familia la cena de Nochebuena.

Y firmaba el responsable de la BALLOON'S INTERNATIONAL T. V. Al pequeño Airon le brillaron los ojos de deseo al ver la fantástica llavecita.

–Está chula –dijo–. Me gusta...

Como la llave tenía un agujero en la parte superior, entre dos de los globos, Natalia lo atravesó con un cordelito fino y se la ató al cuello. Por nada del mundo se la hubiera dado a su madre en custodia; bien sabía que era capaz de perderla.